

para servirle mejor...; 6.º que le sirvamos con un corazón generoso, con buena voluntad...; 7.º que nuestro servicio no sea incoherente, viciado, corrompido, sino puro y perfecto...; 8.º que le sirvamos hasta nuestro último suspiro...

Medios de servir á Dios.

1.º no os aficionéis más que á las cosas del Cielo, y de ninguna manera á las cosas de la tierra, dice el gran apóstol: *Quæ sursum sunt, capite, non quæ super terram.* (Coloss. III. 2).

2.º Todo lo que hagáis ó digáis, añade S. Pablo, hacedlo y decidlo en nombre del Señor, dando gracias á Dios Padre por medio suyo. (*Coloss. III. 17*).

3.º Pensad que hoy empezais solamente á servir á Dios, y que tal vez es vuestro último día...

4.º Pensad que habeis servido mal á Dios hasta ahora...

5.º Os indico, dice S. Agustín, un medio con que podeis servir y alabar constantemente á Dios, si quereis: hacer bien todo lo que hagáis: *Suggero medium unde tota die laudes Deum, si vis: quidquid egeris, bene age, et laudasti Deum.* (In Psal. XXXIV).

SILENCIO.



GUARDAD silencio, vosotros que habitais en la isla, vosotros que estais separados del mundo, dice Isaias: *Taceite, qui habitatis in insula.* (XXII. 2).

Necesidad del silencio.

Esté todo hombre pronto á escuchar, pero lento á obrar, dice el apóstol Santiago: *Sit omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum.* (I. 19).

Es célebre la sentencia de Séneca: El que no sabe callarse, no sabe hablar: *Tacere quisquis nescit, hic nescit loqui.* (In Prov.)

El silencio no daña á nadie, dice Catón, y romperlo es muchas veces perjudicial: *Nemini tacuisse nocet, multis nocet esse locutum.* (Ita Laert. lib. VII. c. 4).

Lengua, *lingua*, viene, dicen, del verbo *ligare*, atar; lo que indicaría la necesidad de contener la lengua... Teócritó, oyendo hablar á Naximeno decía: Ya empieza el río de palabras; pero para el sentido es una gota: *Incipit verborum flumen, mentis gutta.* (Ita Stobæus, serm. XXXIX).

El insensato no sabe callarse, dice Solón: *Stultus tacere nequit.* (Ita Stobæus, serm. XXXIV).

Así como elegís lo que habeis de comer, dice San Agustín, elegid tambien las palabras que habeis de decir: *Sicut eligis quo vescaris, sic elige quod loquaris.* (In Psal. LI).

Hablad con obras, y no con la lengua, añade S. Agustín: *Operibus loquantur, non vocibus.* (Serm. XXXII in Evang. Luc.)

Si alguno de entre vosotros, dice el apóstol Santiago, cree ser religioso y no refrena su lengua, seduce su propio corazón, y su religion es vana: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed seducens cor suum, inijus vana est religio.* (I. 26).

San Antonio decía constantemente: Contened vnestra lengua: *Contine linguam.* (In Vit. Patr.)

Leemos en la vida de los padres que un venerable anciano decía que los que no sabian guardar silencio eran un establo sin puerta: *Stabulum sine janua.*

El Real Profeta decía á Dios: Poned, Señor, un cerrojo en mi boca y una puerta en mis labios: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantie labiis meis.* (CXL. 3).

Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo es lo que conviene hacer cuando nos insultan... Es lo que hacia el santo rey David: Me hacia el sordo, dice, y me hacia el mudo: *Ego autem sicut surdus non audiebam, et sicut mutus non aperiens os suum.* (XXXVII. 14).

Lo que os recomiendo ante todo, es que sepais guardar silencio, dijo Séneca escribiendo á Lucilio: *Summa summorum hec erit tibi, tardiloquentem te esse jubeo.* (Epist. LXII).

Guardar silencio ante la cara del Señor, dice el profeta Sofonio: *Silite a facie Domini*. (I. 7). Y como Dios está en todo lugar, es preciso guardar silencio en lo posible...

Jesucristo y los Santos dan ejemplo del silencio. Dios ha hablado raras veces á la tierra... Jesucristo durante su vida mortal hablaba raras veces, y profería pocas palabras cuando abría los labios...

La Santísima Virgen hablaba tan poco, que la Escritura no cita más que cuatro circunstancias en que aquella inmaculada é incomparable Virgen haya dicho algunas palabras: 1.º en la anunciación; 2.º cuando entonó su sublime cántico *Magnificat*, en la visita que hizo á su prima Elisabet; 3.º cuando, habiendo perdue á Jesucristo, le halló en el templo despues de tres dias; 4.º en las bodas de Caná en Galilea...

Los Santos han sido siempre muy amantes del silencio...

La naturaleza entera da ejemplo del silencio. Los Cielos proclaman el poder, la sabiduría, la riqueza y la gloria de Dios; y sin embargo guardan silencio...

El universo se calla; y sin embargo habla al hombre á su modo y alaba á Dios... Los ríos más grandes son los que hacen menos ruido...

Sólo el hombre, dotado de razón, tiene el don de la palabra: válgase pues de su razón para hablar...

Excelencia y ventajas del silencio. El don más precioso y el más sublime, sobre todo para una mujer, es el silencio, la modestia y el retiro, dice S. Jerónimo: *Femine pulcherrimum donum, silentium; et modestia, et intus tranquillam manere*. (Ad Marcellam).

El silencio halla la paz y la justicia, dice Isaías: *Opus justitiæ, pax et cultus justitiæ, silentium*. (XXXII. 17).

¿Quereis aprender á hablar? Guardad silencio, y reflexionad en el silencio lo que teneis que decir, y como habeis de decirlo...

Escuchad, ved, callad y tendreis la paz del alma...

Si alguno, dice el apóstol Santiago, no peca de palabra, es un hombre perfecto, y puede dominar todo su cuerpo con el freno que pone á su lengua: *Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir; potest etiam freno circumducere totum corpus*. (III. 2). Así pues, el que reprime su lengua, rigo su cuerpo, sus sentidos, la concupiscencia y las diversas pasiones...

El Señor combatirá por vosotros, y vosotros guardareis silencio, dice el Exodo: *Dominus pugnabit pro vobis, et vos tacebitis*. (XIV. 14).

Vuestra fuerza estará en vuestro silencio, dice Isaías: *In silentio erit fortitudo vestra*. (XXX. 15).

Dichosa el alma que se embriaga en los manantiales de las divinas conversaciones con su silencio, diciendo muchas veces con Samuel: Hablad, Señor, pues vuestro servidor os escucha: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus*, (I. Reg. III. 9).

El pecado se encuentra donde hay multitud de palabras, dicen los Proverbios; pero el que modera sus labios es prudentísimo: *In multiloquio non deerit peccatum; qui autem moderatur labia sua, prudentissimus est*. (X. 19).

El hombre prudente se calla, añaden los Proverbios: *Vir prudens tacebit*. (XI. 12).

Hay tesoros preciosos escondidos en una boca cerrada, dice el Eclesiástico: *Bona abscondita in ore clauso*. (XXX. 18).

Dichoso el que espera en silencio la salvación de Dios, dice Jeremías: *Bona est prestolari eum cum silentio*. (Lament. III. 26).

El silencio, dice Talasio, purifica el alma, le da perspicacia é inteligencia y guarda el corazón: *Silentium purificat mentem, et perspicacitatem reddít; custodit cor*. (De Silentio).

El silencio inflama el corazón de amor á Dios, dice S. Francisco de Asís: *Silentium calefacit cor amore Dei*. (S. Bonav., in ejus vita).

La dignidad del silencio es la corona del hombre, dice Eurípides: *Decorum silentium corona est viri*. (De Lingua).

Dichoso el que ama el silencio, dice Jeremías, estará sentado solitario, y se callará porque Dios lo ha colocado consigo. (Lament. III. 28).

El solitario estará sentado, y se callará. Todo en él y al rededor suyo guardará silencio, dice S. Bernardo; estará al abrigo de las turbaciones, de las agitaciones, de las sugestiones diabólicas, de los tormentos y de los deseos de la carne, y de los turbulentos ruidos del mundo: *Sedebit et tacebit; etiam modo a strepitu diabolicarum suggestionum, a strepitu carnalium desideriorum, a strepitu mundi*. (Serm. I. de SS. Petro et Paulo).

El silencio es el sello del hombre sabio y prudente. (Tract. LVII. in c. VI. Reg.)

Hay varios silencios, dice Sto. Tomás: el 1.º es el silencio de admiración...; el 2.º un silencio de seguridad...; el 3.º un silencio de longanidad...; el 4.º el silencio del reposo del corazón. (4. p. q. 6. art. 10).

SOBRIEDAD.

Necesidad de la
sobriedad.

No continúes bebiendo sólo agua, dice el apóstol á su querido discípulo Timoteo; pero usa un poco de vino, á causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades: *Noli adhuc aquam bibere, sed medico vino utere, propter stomachum tuum, et frequentes tuas infirmitates.* (I. v. 23).

La sobriedad sería imprudentísima y desarreglada, dice S. Gregorio, si por llevarla á un extremo se extenuase el cuerpo más de lo que conviene. (*Lib. Moral.*)

La sobriedad es necesaria en todo...

Sea sóbrio y está alerta, dice el apóstol S. Pedro, porque el demonio, adversario nuestro, da vueltas á nuestro alrededor como un león hambriento que busca una víctima para devorar: *Sobrii estote et vigilate, quia adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens, circum querens quem devoret.* (I. v. 8).

Hemos de servirnos de las cosas temporales antes por necesidad que por gusto, dice S. Agustín, para que merezcamos gozar de las cosas eternas: *Temporalibus magis utendum est, quam fruendum, uti frui mereamur eternis.* (*Lib. Confess.*)

Hay algunos que viven para comer, dice Sócrates; pero yo como para vivir: *Alii vivunt ut edant, ergo vero edo ut vivam.* (*Prov.*)

El principio de la vida del hombre es agua, pan y vestido, dice la Escritura: *Initium vite hominis, aqua, et panis, et vestimentum.* (*Eccli. XXIX. 28.*)

Es lo que dice el gran apóstol: Teniendo comida y vestido, contentémonos: *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.* (I. Tim. VI. 8).

Escribiendo S. Bernardo á Robert, le decía: La sal y el apéjito bastan como alimento al que vive con sobriedad: *Sobrie conversanti, satis ad omne condimentum, sal cum fame.*

Nosotros, que somos los hijos del día, seamos sóbrios, dice el gran apóstol: *Nos, qui diei sumus, sobrii sumus.* (C. V. Thess. v. 8).

Decid á los ancianos que sean sóbrios; decillo también á las mujeres; exhortad igualmente á los jóvenes á la sobriedad, dice el Apóstol á su discípulo Tito. (*II. 2-3-6.*)

José, en la corte de Faraon, no comía más que pan: *Nec quidquam aliud cognoverat nisi panem quo vesceretur.* (*Gen. XXXIX. 6.*)

Excelencia y
ventajas de la
sobriedad.

La sobriedad, dice Orígenes, es madre de todas las virtudes; y por el contrario, los excesos en la bebida y en la comida arrastran á todos los vicios (*Homil. III in Levit.*)

Preguntaron cierto día á Platon de dónde habia sacado tanta sabiduría. La he sacado, respondió, de la sobriedad, porque he consumido más aceite en mi lámpara, que vino en mi copa: *Unde tibi sapientia tanta? Respondit: Quia plus*

consumpsi olei in lampade, quam vini in calice. (*In Phedr.*)

El vino tomado á propósito, dice S. Crisóstomo, tomado con sobriedad, restablece un estómago débil, repara las abatidas fuerzas, calienta los entumecidos miembros, cura las llagas, ahuyenta la tristeza y da una alegría saludable, destruyendo las languideces del alma; pero el vino tomado con poca moderación, sin sobriedad, se convierte en veneno para el cuerpo y para el alma. (*Homil. ad pop.*)

¡Qué poco vino necesita un hombre sensato! dice la Escritura. No serás agitado durante tu sueño, y no sentirás dolor. El hombre sóbrio disfruta un sueño bienhechor (4).

El insomnio, las angustias y los dolores son para el hombre que desconoce la templanza: *Vigilia cholera, et tortura viro infrunito.* (*Eccli. XXXI. 23.*)

La sobriedad es, pues, madre de la salud, de la santidad, de la pureza, de la modestia y de la paz... Es la salud del cuerpo y del alma, la dicha para el tiempo y para la eternidad...

(Véase Gula y Embriaguez.)

(4) *Quam sufficiens est homini erudito vinum exiguum; et in dormiendo non laborabis ab illo, et non senties dolorem. Somnus sanctus in homine parco.* (*Eccli. XXXI. 22-24.*)

SOLEDAD.

Los santos y todos los grandes hombres han amado y practicado la soledad.

QUANDO David era todavía niño, dice S. Crisóstomo, huía de las ciudades y de la muchedumbre, habitaba los desiertos, no teniendo ninguna comunicación con el siglo, no ocupándose de comercio, ni de ventas, ni de compras; vivía en silencio en la soledad; y allí, como en un puerto tranquilo, reposando en paz en su aislamiento, guardaba su rebaño, meditaba sobre el reino de los Cielos, vencía y mataba osos y leones que querían arrojarse sobre sus ovejas, y los abatía, no con la fuerza de su cuerpo, sino con la virtud de su fe, que sacaba de la soledad. (*Honil. ad pop.*)

Judith, según la Sagrada Escritura, tenía en lo más alto de su casa un cuarto secreto para ella, donde permanecía encerrada con sus fieles criadas: *In superioribus domus sue fecit sibi secretum cubiculum, in quo cum puellis suis clausa morabatur.* (Judith. VIII. 5).

La Iglesia canta la siguiente estrofa en honor de S. Juan Bautista, que tanto amaba la soledad:

*Antra deserti, teneris sub annis,
Civium turmas fugiens, petisti;
Ne levi saltem maculare vitam
Famine posses.*

San Juan se retiró á la soledad á fin de que, á ejemplo de Moisés y de Elias, imitase el espíritu y la virtud de Jesucristo.

Los hombres piadosos y contemplativos han deseado, amado y buscado siempre la soledad...

Los más grandes Santos, dice la *Imitacion de Jesucristo*, han evitado siempre, en lo posible, el comercio de los hombres, y han elegido la soledad para vivir de Dios y por Dios: *Maximi Sanctorum humana consortia, ubi poterant, vitabant; et Deo in secreto vivere eligebant.* (Lib. I, c. XX, n. 4).

Excolectancia y ventajas de la soledad.

Así como la tierra oculta el oro en sus entrañas, así como el mar esconde las perlas, y el suelo cubre las raíces de los árboles, la virtud de los humildes y de los Santos está siempre escondida en este mundo...

El mismo Jesucristo obra secretamente con su gracia y sus dones...

La vida de los anacoretas y de los ermitaños ha sido una vida oculta en la soledad. El mismo Salmista lo dice: He huído, me he alejado. he establecido mi morada en la soledad: *Elongavi fugiens, mansi in solitudine.*

Gran rey, ¿por qué os alejáis? ¿por qué huís y buscáis la soledad? Porque he visto en el mundo la violencia y la discordia; la iniquidad mora en él: *Quoniam vidi iniquitatem et contradictionem in civitate. Circumdabit eam iniquitas.* El crimen habita en él, y el fraude y la mentira no se apartan de sus pla-

zas públicas. *Die ac nocte circumdabit eam iniquitas, et labor in medio ejus, et injustitia; et non defecit de plateis ejus usura et dolus.* (LIV. 8-12).

Mirad vuestra celda como un Paraíso, escribe S. Jerónimo á Rústico: para mí la ciudad es una cárcel, y la soledad la mansion del Paraíso: *Habeto cellulam pro Paradiso. Mihi oppidum carcer, solitudo Paradisus est.*

Se dice en el Apocalipsis que se dieron dos alas á la mujer que el dragon perseguía, para que volase al desierto, lejos de la presencia de la serpiente: *Dato sunt ei alae duae, ut volaret in desertum, a facie serpentis.* (XII. 14).

El que ama la soledad, dice S. Nilo, discípulo de S. Crisóstomo, es invulnerable á los dardos de sus enemigos; pero el que se mezcla con la muchedumbre recibirá frecuentes y crueles heridas: *Imperforabilis manet a sugittis inimici, qui omni quietem; qui autem miscetur multitudini, crebra suscipiet vulnera.* (In. VII. Patr.)

Id hacia las montañas, dijo Rahab á los enviados de Josué, para que los que vuelvan no os encuentren, y esconded allí hasta que se vuelvan, y luego continuareis vuestro camino: *Ad montes conscendite, ne forte occurrant vobis revertentes; ibique latitate, et sic ibitis per viam vestram.* (Josue, II. 16).

Colocaré mi tabernáculo en medio de vosotros, dice el Señor; marcharé en medio de vosotros; seré vuestro Dios, y seréis mi pueblo: *Ponam tabernaculum meum in medio vestri: ambulabo inter vos, et ero Deus vester, vosque eritis populus meus.* (Levit. XXVI. 11-12).

Por cuya razon abandonad el bullicio del mundo, y separaos, dice el Señor, y no toquéis lo que es impuro. Y os recibiré, y seré vuestro Padre, y seréis hijos míos é hijas mías, dice el Señor omnipotente (1).

¿Cuántas gracias y favores especiales y abundantes promete y concede el Señor á las almas elegidas y privilegiadas que abandonan el mundo para retirarse á la soledad!...

La soledad, dice S. Jerónimo, es la forma y la regla de la sabiduría; la soledad es por sí misma una predicacion de la virtud; es disponerse á ir al Cielo el apartarse del mundo: *Locus ipse forma doctrinae est, et ipsa solitudo praedicationis est virtutum; operatur habitatio, dum urbium frequentiam sollicitus relinquit auditor.* (Ad Therasiam).

¡Oh dichosa soledad! Tú eres la escuela del Paraíso. Dios dice por medio de Oseas: Conduciré esta alma á la soledad, y hablaré á su corazón: *Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.* (II. 14).

Colocaré el verdadero camino en la soledad: *Ponam in deserto viam.* (Isai. XLIII. 19).

Estará sentado solitario, y se callará, porque Dios lo ha elevado hasta sí, dice Jeremías. *Sedebit solitarius, et tacebit, quia levabit super se.* (Lament. III. 28).

O alma santa, exclama S. Bernardo, estáte sola, conserváte para el Dios único que para sí te ha elegido: *O anima sancta, sola esto, ut soli omnium servet teipsum, quem ex omnibus tibi elegisti.* (Serm. XL. in Cant.)

(1) Propter quod exiit de medio eorum, et separamini, dicit Dominus, et immundum ne tetigeritis; et ego recipiam vos, et ero vobis in Patrem, et vos eritis mihi in filios et filias, dicit Dominus omnipotens. (II. Cor. VI. 17-18).

La soledad, añade S. Bernardo, es la murala y el antemuro de las virtudes: *Erenus murus et antemurale virtutum.* (Un supra). Creed en mi experiencia, añade, aprenderéis más en las selvas que en los libros; los bosques y las peñas os instruirán, os enseñarán lo que no pueden enseñaros vuestros maestros: *Experto cerde, aliquid plus invenies in sylvis, quam in libris: ligna et lapides docent te, quod in magistris audire non possis.* (Un supra).

No sólo quita la soledad la ocasión de pecar, sino que eleva el alma á Dios...

El que te habita, ó soledad, dice S. Basilio, se eleva sobre sí mismo, porque teniendo el alma hambre de Dios, se pone sobre todo lo que es de la tierra; está suspendida en la fortaleza de la contemplación, y separada del mundo, vuela hácia el Cielo, y estorzándose para ver lo que es superior á todo, desprecia todo lo demás (1).

¡O dichosa soledad, exclama Musio Cornelio, ó única bienaventuranza que disfrutan los que te aman! ¡Cuán dichosas son las almas privilegiadas y candidas que vuelan á tus brazos y se alejan de este mundo, que no es más que perfidia! (*In Laudem vite solitariae*).

Motivos que obligan á buscar la soledad y á amarla.

Se oye la voz del que clama en el desierto, dice Isaías. Preparad el camino del Señor, rectificad en la soledad sus senderos. Levántense los valles, allénense los montes y collados y corrijase la aspereza de los caminos. Una voz me ordena que clame. Y dije: ¡Qué he de clamar? Toda carne no es más que heno, y toda su gloria es como flor del campo. El Señor sopló, y se secó la yerba del campo, y cayó la flor. Sí, los pueblos son como la yerba del prado. La yerba se marchita, y la flor cae. (XL. 3-4-6-8).

Retiraos, retiraos, dice el Señor por medio de Isaías; salid, no toqueis nada impuro. Purificaos, vosotros que llevais los vasos del Señor. El Señor os precederá: *Recedite, recedite inde, pollutum nolite tangere: exite de medio ejus, mundamini qui fertis vasa Domini. Precedet vos Dominus.* (LII. 11-12).

¡Quién me dará en el desierto una cabaña de viajero, exclama Jeremías, y abandonaré á este pueblo, y me retiraré lejos de él, ya que todos son prevaricadores? *Quis dabit me in solitudine diversorum viatorum, et derelinquam populum meum, et recedam ab eis: quia omnes adulteri sunt, cotus prevaricatorum.* (IX. 2).

Huid del público, dice S. Bernardo, huid de vuestros allegados; alejaos de vuestros amigos y de vuestros íntimos. Ignorais que tenéis á un esposo vergonzoso, reservado, que no quiere manifestarse en presencia de la multitud? (2).

(1) *Habitator tuus (o solitudo) se elevat supra se, quia Deum esuriens anima, á terrenarum se rerum obtutibus erigit, et in divinarum contemplationis arce se suspendit. mundi se actionibus segregat, atque in altum contemplationis, celestibus desiderii penas librat: campum illum, qui est supra omnia, conspiciere satagit, semetipsum quoque homo cum reliqua mundanae vallis dejectione transcendit.* (*Tract. de Laude vite solitariae*).

(2) *Fuge publicum, fuge et ipsos domesticos, recede ab amicis et íntimis. An nescis te verecundum habere sponsum, et qui nequaquam suam veli tibi indulgere presentiam, presentibus cæteris? (Epist. CVII).*

Es difícil, dice S. Crisóstomo, que un árbol plantado á lo largo de una carretera conserve sus frutos hasta su madurez; y es tambien difícil que una alma, en medio de las gentes del siglo conserve su inocencia hasta el fin. Cuanto menos se arroja un hombre en las agitaciones exteriores, tanto más abrasada está su alma de fervor, de amor de Dios (1).

Cada vez que he estado con los hombres, he vuelto menos hombre, dice el autor de la *Imitación de Jesucristo: Quoties inter homines fui, minor homo redii.* (C. XX, n. 2).

El que se proponga pues y desee llegar á las cosas interiores y espirituales, continúa el mismo autor, debe imitar á Jesús y alejarse de la muchedumbre: *Qui igitur intendit ad interiora et spiritualia pervenire, oportet eum cum Jesu a turba declinare.* (C. XX, n. 2).

Hé aquí una sentencia de Tolomeo: La seguridad de la soledad aleja el dolor; temor el tumulto dispone los consuelos: *Securitas solitudinis dolorem remouet; pavor multitudinis consolationem offert.* (In Prologo Almagesti).

Pocas personas me bastan, dice Demétrio; una sola es suficiente, y áun estoy mejor sin compañía: *Satis mihi sunt pauci, satis est unus, satis est nullus.*

Desprecia todo el vano trabajo que algunos se dan por un vano adorno. Sabed que no hay nada más admirable que el alma, y nada parece grande en el siglo á una alma noble y elevada: (*Teste Seneca in Epist. ad Lucil.*)

Tal es el lenguaje de los mismos paganos.

Consultemos las Escrituras, dice Hugo de S. Victor, y veremos que Dios no ha hablado casi nunca en medio de la muchedumbre. Cuando ha querido dar á conocer algo á los hombres, no se ha manifestado á las naciones, sino á algunos pocos, á los que estaban separados de la muchedumbre... (*Lib. IV. de Arca Noe, c. IV.*)

Levantaos, dice el profeta Miqueas, é id á la soledad, pues no tendreis reposo en medio del mundo: *Surgite, et ite, quia non habetis hic requiem.* (II. 10).

Huid de en medio de Babilonia, y salve cada cual su alma, dice el profeta Jeremías: *Fugite de medio Babylonis, el salvet unusquisque animam suam.* (LI. 6).

San Antonio, despues de haber visto y oído al primer ermitaño S. Pablo, dijo á sus discípulos: ¡Desgraciado de mí, soy pecador que llevo falsamente el nombre de monje! He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto, y he visto verdaderamente á Pablo en el Paraíso: *Vae mi peccatori, qui falso monachi nomen gero! Vidi Eliam, vidi Joannem in deserto, et vere vido Paulum in Paradisso.* (In VII. Part.)

No basta la soledad del cuerpo, si no se añade la soledad del alma; y ésta no tiene lugar, si el alma se ocupa de lo que ha visto y oído fuera de la soledad; si divaga y se pasea por el mundo; si como el pueblo hebreo en el desierto echa aún de ménos la esclavitud de Egipto y las ventajas materiales que allí encontraba...

(1) *Sicut difficile est arborum juxta viam plantatum fructus usque ad maturitatem servare; sic difficile est virum in medio turbarum seculi, innocentiam usque ad finem servare. Quo minus ad exteriora diffuit homo plus in interioribus fervet.* (In Moral.)

Dios no derrama sus dulces perfumes más que en una alma desprendida de todo, y principalmente de sí misma, en una alma pura y muerta para todo lo del mundo.

Es menester, pues, para gozar de todas las ventajas de la soledad, renunciar, 1.º, al mundo exterior, á nuestros padres, á nuestros amigos, á nuestra casa, á nuestro país, á nuestras riquezas y honores, etc... 2.º y principalmente renunciar al mundo interior, á nuestra propia voluntad, á nuestras afecciones especiales, etc.

Es digno de observacion lo que dice el abate Juan Mauburne: Muchas órdenes han degenerado de su esplendor y de su santidad primitiva por varias causas. Los bernardinos han caído por su ociosidad, la tercera orden por demasiadas ocupaciones rurales, los premonstratenses por el excesivo número de misas y demasiadas cargas de coro, los mendigos por su demasiada familiaridad con los seglares; se mezclaban demasiado con la multitud, segun aquellas palabras del Salmista: Se mezclaron entre las naciones, aprendieron sus obras, y esta fué su ruina: *Commixti sunt inter gentes, didicerunt opera eorum, et factum est illis in scandalum* (CV. 35-36); los benedictinos por sus grandes riquezas. Y este autor añade que los cartujos han conservado su esplendor, y su vigor primitivo, por su amor á la soledad y al silencio, y por la rigurosa observancia de las visitas que exige la regla. Estas tres cosas están encerradas en el siguiente verso latino:

Per tria, si, so, vi, carthusia permanet in vi (id est, vigore.)
(In Roseto, lib. I. c. III).

Si indica el silencio, so la soledad, vi la visita (de los religiosos visitantes).

SUMISION Á LA VOLUNTAD DE DIOS.

La voluntad de Dios, dice el gran apóstol, es buena, agradable y perfecta. *Voluntas Dei bona, beneplacens, et perfecta.* (Rom. XII. 2). S. Pablo distingue aquí una voluntad triple en Dios.

La voluntad de Dios es buena, dice S. Anselmo, está en los que empiezan á servir á Dios y en las personas unidas por matrimonio. La voluntad agradable está en los que adelantan en la perfeccion y en las almas castísimas. La voluntad perfecta está en los perfectos y en las vírgenes. (*Lib. de Similit.*)

Transformaos por un espíritu nuevo, dice el apóstol, para que reconozcáis cuál es la buena voluntad de Dios (Rom. XII. 2); es decir, que sepais lo que Dios quiere que hagais bueno, agradable y perfecto...

Hay dos voluntades en Dios, una absoluta, y la otra una voluntad de deseo. La voluntad absoluta es aquella por la cual Dios quiere una cosa: nadie puede resistir á ésta. La voluntad de deseo es aquella por la cual Dios nos instruye sobre lo que quiere que observemos, y nos instruye con su ley. De esta última voluntad se trata en aquellas palabras del Pater, *fiat voluntas tua*. Esta voluntad de deseo en Dios ordena y aconseja.

Nada sucede sino por la voluntad de Dios, exceptuándose el pecado... No hay nada fortuito para Dios... Todo lo que nos sucede está registrado en su voluntad... Nada sucede sino con la voluntad de Dios.

Lo que se llama casualidad, está dirigido por Dios...

Las pruebas, las contrariedades, proceden de Dios...

Dios da los instrumentos exteriores con los que se obra mal, como los sentidos, las riquezas y los talentos; pero la voluntad de Dios no está en que nos valgamos de ellos para cometer el pecado... El pecador es quien convierte estos bienes en instrumentos de mal...

Sometiéndose á la voluntad de Dios, todo está ordenado; y entonces Dios, lejos de castigar, no tiene más que recompensas para nosotros...

El gran Agóstol nos dice cuál es la voluntad de Dios: Su voluntad es que seais perfectos y llenos en todo de su voluntad: *Semper sollicitus pro vobis, ut stetis perfecti, et pleni in omni voluntate Dei.* (Coloss. IV. 12). Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación, dijo á los tesalonicenses: *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra.* (I. IV. 3).

La voluntad de Dios, dice S. Cipriano, es que se practique lo que Jesucristo ha hecho y enseñado, la humildad en el corazón y en el lenguaje, la firmeza y la perseverancia en la fe, la modestia en palabras, la justicia en los actos, la misericordia en las obras, la disciplina en las costumbres, no injuriar á

adie, sufrir la injuria, tener paz con el prójimo, amar á Dios de todo corazón. (*Tract. de orat. Dom.*)

Nuestro Señor Jesucristo os dispone para todo bien, para que hagais su voluntad, dice S. Pablo á los hebreos. (*XIII. 20-21*).

Modo de hacer la voluntad de Dios.

El Señor ha buscado á un hombre segun su corazón, dice la Escritura: *Quæsit Dominus sibi virum juxta cor suum.* (I. Reg. XIII. 14).

Por el corazón de Dios, dice S. Gregorio, la Sagrada Escritura designa su voluntad, cuando aplicamos nuestra inteligencia á conocerle, y nuestro corazón á amarle. (*Moral.*)

El hombre segun el corazón de Dios, dice S. Crisóstomo, hace siempre lo que Dios quiere; une su corazón al corazón de Dios, une su alma á su alma; quiere lo que Dios quiere, y no quiere lo que Dios no quiere. (*Homil. ad pop.*)

Hay una cosa, dice S. Pedro Damian, á la que todo fiel debe dedicarse con ardor, el saber si agrada á Dios en sus acciones, si Dios está contento. Pues, ¿de qué le sirve obrar si no agrada á Dios? (*In Epist.*)

Si el cristiano, dice S. Basilio, dirige todas sus obras, ya grandes, ya pequeñas, hácia la voluntad de Dios, cierto puede estar de que sus obras son perfectas.

Señor, dice el autor de la *Imitacion*, hacedme la gracia de no querer más que lo que queréis; de no querer jamás lo que no queréis, y de no poder jamás querer lo que no queréis. (*Lib. III. c. XV.*)

La sumision á la voluntad de Dios nos hace fuertes en todas las pruebas.

Se dice en el tercer libro de los Reyes que Aod se valia hábilmente de sus dos manos y tenia una espada de dos filos. (*XV. 16*). Tal es el hombre sometido á la voluntad de Dios; está sometido á ella en la adversidad y en la prosperidad, en la desolacion y en el consuelo...

Seremos como Aod, dice Casiano, cuando no nos conmovamos por la abundancia ni por el hambre; cuando en el hambre no murmuremos; cuando en la abundancia sepamos despreciar los placeres, dando gracias á Dios en ambas situaciones y obrando como S. Pablo, que decia: Sé tener poco y mucho; hecho á todo, conozco la saciedad y el hambre, la abundancia y la indigencia. Todo lo puedo en el que me mortifica (1).

Leeos en las Actas de los Apóstoles que S. Pablo y S. Bernabé afirmaban las almas de los discípulos, exhortándoles á perseverar en la fe, y enseñándoles que hemos de entrar en el reino de Dios por muchas tribulaciones: *Confirmantes animas discipulorum; et quoniam per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (*XIV. 21*).

En todo salimos desairados, dice S. Pablo; retardados, pero no detenidos; perseguidos, pero no abandonados; abatidos sin perecer; siempre y en todas partes llevando en nuestro cuerpo la muerte de Cristo, á fin de que la vida de Jesús se manifieste tambien en nuestro cuerpo. Porque nosotros, que vivimos,

(1) Scio et humiliari, scio et abundare (ubique et in omnibus institutus sum); et satiare, et esurire et abundare, et penuriam pati. Omnia possum in eo qui me confortat. (*Philip. IV. 12-13.*—*Lib. Instit.*)

somos á cada momento entregados á la muerte por causa de Jesús, para que la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal (1).

El Espíritu Santo me advierte, dice el Gran Apóstol, que me esperan cadenas y tribulaciones; pero nada de esto me importa mientras siga mi carrera y cumpla con el ministerio que he recibido con mi Señor Jesús (2).

Esta es la fuerza, esto es el valor y el heroísmo que da la sumision á la voluntad de Dios...

Esta sumision á la voluntad de Dios da paciencia.

La sumision á la voluntad de Dios da paciencia.

Habia un mendigo llamado Lázaro que estaba echado á la puerta del rico, y cubierto de flegmas deseaba satisfacerse con las migajas que caian de la mesa del rico; y nadie se las daba, dice Jesucristo. (*Luc. XVI. 20-21*).

Ved tambien la paciencia de Job. Escuchad lo que dice en la más horrible miseria: Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo volveré al seno de la tierra; Dios me lo habia dado, y Dios me lo ha quitado todo; tal ha sido el agrado del Señor; bendito sea su nombre: *Nudus egressus sum de utero matris mee, et nudus revertor illuc; Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.* (I. 21).

Me alegro en mis sufrimientos, dice el Gran Apóstol á los colosenses: *Gaudeo in passionibus.* (I. 24).

La sumision á la voluntad de Dios no sólo da fuerza y paciencia, sino tambien alegría en las pruebas.

Estoy lleno de consuelo, reboso de alegría en todas mis tribulaciones, escribe á los corintios: *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4). Padezco, dice á Timoteo; pero, lejos de estar confundido, estoy en la alegría, pues sé por quién sufro: *Patio, sed non confundor, scio enim cui credidi.* (II. I. 12). Estoy pronto, dice en las Actas de los Apóstoles, no sólo á que me aten, sino á morir por el nombre del Señor Jesús: *Ego autem, non solum alligari, sed et mori paratus sum, propter nomen Domini Jesu.* (*XXI. 13*).

Los apóstoles salieron del consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús: *Et illi quidem ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Act. V. 41).

Tales son las maravillas que obra la resignacion á la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios es la regla, la medida, el origen, el manantial y la base de toda virtud y santidad...

Excelencia de la sumision á la voluntad de Dios, y dicha que nos proporciona.

Todo el que sigue la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, es mi hermano, y mi hermana, y mi madre: *Quicumque fecerit voluntatem Pa-*

(1) In omnibus persecutionem patimur, sed non angustiamur; aporiamur, sed non destituimur; persecutionem patimur, sed non derelinquimus; dejectionem, sed non perimus. Semper mortificationem. Iesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris. (II. Cor. IV. 8-10).

(2) Spiritus Sanctus mihi protestatur, dicens: Quoniam vincula, et tribulationes me manent. Sed nihil horum vereor, nec facio animam meam pretiosioram quam me, dummodo consumam cursum meum, et ministerium verbi, quod accepi à Domino Jesu. (Act. XX. 23-24).

tris mei, qui in Caelis est, ille meus frater, et soror, et mater est. (Math. XII. 50).

El que sigue la voluntad de Dios, vivirá eternamente, dice el apóstol san Juan: *Qui facit voluntatem Dei, manet in eternum.* (I. II. 17).

Pablo no fue feliz sino cuando dijo á Jesucristo: Señor, ¿qué quereis que haga? *Domine, quid me ris facere?* (Act. IX. 6).

El que todo os lo da, dice S. Agustín, no os es arrebatado; aun cuando perdais lo que se os da, siempre os queda Dios: *Non est tibi ablatum qui dedit, quamvis tibi ablatum fuerit quod dedit.* (In Medit.).

Cuando perdemos lo que creamos ser nuestro, no lo perdemos, dice san Ambrosio, lo devolvemos á Dios: *Cum nostra amittimus, Deo illa reddimus, non amittimus.* (Serm. III).

Todo está sometido al hombre que se somete á la voluntad de Dios.

Someteos al que está sobre vosotros, dice S. Agustín, y todo lo que está debajo de vosotros os estará sometido: *Subdere ei qui supra te est, et infra te erant illa quibus prepositus es.* Porque, habiendo el hombre abandonado á aquel bajo cuyo imperio debía ballarse, ha caído debajo de todo lo que debía dominar; ha perdido su imperio, y ha venido á ser esclavo de todo: *Quia vero per peccatum homo deseruit eum sub quo esse debuit, subditus est eis supra que esse debuit.* Tal es el orden: Dios, el hombre, los animales y la naturaleza material. Dios está sobre vosotros, y los animales debajo de vosotros. Reconced al que debe gobernaros, y seréis reconocidos por los seres que debéis dominar: *Agnosce eum qui supra te est, ut agnoscant te qui infra te sunt.* Daniel reconoce como dueño suyo á Dios, y los leones le reconocen y le respetan: *Cum Daniel agnovisset supra se Deum, agnoverunt illum supra se leones.* Pero si no reconocéis á Dios, que está sobre vosotros, si no os sometéis á él, si despreciáis á vuestro superior, no seréis conocidos, seréis despreciados de vuestro inferior, llegando á ser su esclavo: *Si autem non agnosceis illum qui supra te est, superiorem contemnis, subderis inferiori.* El orgullo de los egipcios fué humillado por ranas y mosquitos: *Propterea superbia Egyptiorum unde domata est? De ranis et muscis.* Moisés, que vive sometido á Dios, tiene sometido el mar Rojo, tiene sometido el Cielo, y el mismo Dios le obedece. Los que no quieren hacer la voluntad de Dios, se ven obligados á hacer la voluntad de lo más vil, y haciendo la voluntad de Dios, se obran las mayores maravillas, aún con lo más despreciable. Así Moisés, con una simple vara, que consterna á los egipcios con tres plagas, abre el mar Rojo y hace salir agua de una estéril peña; Gedon con vasijas rotas destruye un ejército enemigo; los tres niños en el horno, sometidos á la voluntad de Dios, son respetados por las llamas, y entonan allí cánticos de alegría y reconocimiento. (Trac. VIII. S. Joann.)

Cuando el mundo no hace la voluntad de Dios, no se diferencia de los que no existen, dice S. Crisóstomo: *Multitudo, quando voluntatem Dei non facit, nihil differt ab his qui non sunt.* (Homil. ad pop.)

En todo, dice S. Gregorio Nacianeno, no hay más que Dios que no puede evitarse y dominarse: *Solus ex omnibus rebus Deus est, qui nec fuga vitari, nec superari potest.* (In Distich.)

José hace la voluntad de Dios. Comparad lo que ha sufrido con los inmensos honores de que ha sido colmado; y vereis que nada son las pruebas, comparadas con los honores. Porque, 1.º por el odio de sus hermanos consigue la amistad del rey de Egipto...; 2.º por el destierro, la esclavitud y la cárcel, no sólo recibe una libertad completa, sino el más alto rango y el poder...; 3.º por el trabajo de sus manos como servidor, recibe el anillo de oro...; 4.º por la capa que le quita la adúltera esposa de Putifar, cubre sus hombros el manto real...; 5.º por las cadenas recibe un collar de oro...; 6.º por haber cuidado de los vencidos llega á ser príncipe...; 7.º por haber sufrido la humillación de la cárcel, se sienta en la carroza real...; 8.º por haber sido despreciado, todos delante de él se prosternan...; 9.º por el nombre de servidor recibe el nombre de rey y de salvador del mundo.

Si así recompensa Dios en esta vida á los que hacen su voluntad, ¿qué no les concederá en la vida eterna?...

Al entrar Jesucristo en el mundo, dijo: Señor, no habeis querido hostia ni oblation; los holocaustos para el pecado no os han sido agradables. Entonces ha dicho: Ved que vengo para hacer, ó Dios mio, vuestra voluntad: *Ingrediens mundum dicit: Hostiam et oblationem noluit; holocaustata pro peccato non tibi placerant. Tunc dixi: Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* (Hebr. X. 5-7).

Mi Padre me ama, añade Jesucristo, porque doy mi vida para recobrarla. Nadie me la arrebató; pero la doy espontáneamente, y tengo el poder de darla y el poder de recobrarla: Tal es la misión que he recibido de mi Padre. (Joann. X. 17-18). De ahí parece que Jesucristo habla recibido de su Padre la orden dolorosa y severa de sufrir y morir en la Cruz. Dio cumplimiento á esta orden; se rebaja á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz, dice el Gran Apóstol: *Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* (Philipp. II. 8).

Oíd lo que dice aquel hombre-Dios en el jardín de los Olivos, al ver el cáliz de amargura: Padre mio, apartese de mí este cáliz, si es posible. No suceda, sin embargo, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste! Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu.* (Math. XXVI. 39). Padre mio, lígase vuestra voluntad, y no la mía: *Pater, non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc. XXII. 42).

Esta palabra del jefe, dice S. Leon, es la salvacion de todos los miembros: *Hec vox capitis, salus est totius corporis.*

Esta palabra inhumana, instruye, forma todos los fieles; inflama á todos los confesores, y ha coronado á todos los mártires: *Hec vox omnes fideles instruit, omnes confesores accendit, omnes martyres coronavit.*

Los Santos en la tierra han estado siempre sometidos á la voluntad de Dios... Ved á Noé, á Abraham, á Moisés, á los profetas, á Job, á Tobias, etc. Cuando grandes males amenazaban al pontífice Elias, dijo: El Señor es dueño de todo, haga lo que juzgue á propósito: *Dominus est, quod bonum est, in oculis suis faciat.* (I. Reg. III. 18).

Al ir Jidas Macabeo al combate por la gloria de Dios y la salvacion de su Tom. IV.—27.

Dios recompensa infinitamente á los que están sometidos á su voluntad.

Jesucristo, los Santos, los elegidos, el Cielo y la tierra, todo está sometido á la voluntad de Dios, hasta los demonios y el infierno.

pueblo, exclamó: Suceda lo que el Cielo disponga: *Sicut autem fuerit voluntas in Caelo, sic fiat.* (I. III. 60).

Llevaré con resignación la ira del Señor, porque le he ofendido: *Iram Domini portabo, quoniam peccavi ei.* (Mich. VII. 9).

Medios para someterse á la voluntad de Dios.

- 1.º Convencernos de que, procediendo todo de Dios, todo sucede por nuestro bien... ó por corregirnos... ó por hacernos merecer...
- 2.º Aceptar el cáliz, como si el mismo Dios nos lo presentase...
- 3.º Decir una sola vez en la adversidad: Os doy gracias, Señor.—Bendito sea Dios,—vale más que millones de acciones de gracias, dice el P. Avila. (*In ejus vita*).
- 4.º No someterse solamente en general, sino en los pormenores...
- 5.º Sufrirlo todo con paciencia.
- 6.º Ejecutar con prontitud....., con deseo....., con alegría la voluntad de Dios...
- 7.º No inquietarse por lo que el Señor quiera hacer de nosotros, y repetir con el Salmista: Señor, mi suerte está en vuestras manos: *In manibus tuis sortes meae.* (XXX. 16).
- 8.º Meditar muchas veces los ejemplos de Jesucristo, de los Santos y de todas las criaturas.

TEMOR DE DIOS.

TEMED al Señor con toda vuestra alma, dice el Eclesiástico: *In tota anima tuo time Dominum.* (VII. 31). O vosotros, que sois santos, temed al Señor, dice el Salmista: *Time Domini omnes sancti ejus.* (XXIII. 10).

Es preciso temer á Dios.

Oigamos todos el final de todos los discursos, dice el Eclesiástico: Temed á Dios, y observad sus mandamientos, porque ahí está todo el hombre: *Finem loquendi pariter omnes audiamus: Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.* (XII. 13).

Trabajad para vuestra salvación con temor y estremecimiento, dice el Gran Apóstol: *Cum metu et tremore vestram salutem operamini.* (Philipp. II. 12).

Temed al Señor vuestro Dios, dice el cuarto libro de los Reyes: *Domini Deum vestram time.* (XVII. 39). Conservad el temor del Señor, y envejeced con él, dice en otra parte uno de los escritores sagrados: *Serva timorem illius, et in illo veterasce.* (Eccli. II. 6).

Los principales motivos que nos obligan á temer á Dios, son:

Motivos que nos obligan á temer á Dios.

1.º Nuestros numerosos pecados.
¿Quién puede comprender todos los extravíos del corazón? dice el Salmista. Purifícadme, Señor, de los pecados que ignoro y de los que he hecho cometer: *Delicta quis intelligit? Ab oculis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo.* (XVIII. 13-14).

2.º La incertidumbre en que vivimos del estado de nuestra alma. El hombre no sabe si es digno de amor ó de odio, dice el Eclesiástico: *Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit.* (IX. 4).

Aunque mi conciencia nada me eche en cara, dice el Gran Apóstol, no por esto soy justificado: *Nil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum.* (I. Cor. IV. 4).

Como cometemos faltas en mil ocasiones, dice S. Basilio, no conocemos la mayor parte de nuestras ofensas. Cometemos muchos pecados que no creemos cometer, y por eso no mentimos llamándonos pecadores: *Cum in multis rebus offendimus omnes, majores offensarum partem ne intelligimus quidem. Multa delicta committo, que committere me non intelligo. Quare nihil ementitus sis, si te peccatorem appellaveris.* (In Psal. XXXIII).

Puesto que S. Pablo nos incita á trabajar para nuestra salvación con temor y estremecimiento, es evidente que nadie está seguro de tener la gracia y la perseverancia.

Esenchad el siguiente pasaje de los Proverbios: ¿Quién puede decir: Mi corazón es puro, estoy exento de pecado? *Quis potest dicere: Mundum est cor meum, purus sum a peccato?* (XX. 9).

3.º Debemos temer hasta por los pecados perdonados. No esteis sin temor por el pecado perdonado, dice el Eclesiástico: *De propitiato peccato noli esse*

sinē metu. (v. 5). Y no añadais pecado sobre pecado, diciendo: La misericordia del Señor es grande, y tendrá lástima de la multitud de mis iniquidades, porque su misericordia y su ira se acercan rápidamente, y su ira se dirige á los pecadores. (*Ibid.* v. 6-7).

El Señor, dice S. Gregorio, no deja ningún pecado sin castigo; porque ó los seguimos llorando, ó Dios se los reserva para presentarlos en su tribunal y castigarlos: *Nullum peccatum Dominius inultum relaxat; aut enim nos flendo insequimur, aut ipse iudicando reservat.* (De Carit.)

4.º Hemos de temer, porque podemos caer. Venga cuidado de caer el que está levantado, dice S. Pablo á los corintios: *Qui se existimat stare, videat ne cadat.* (I. X. 12).

No hay, dice S. Agustín, pecado cometido por hombre alguno, que no pueda cometer otro, si Dios le abandona. (De Carit.)

5.º Hemos de temer, porque ignoramos el momento de la muerte, y hasta cómo hemos de morir. El día del Señor llega como el ladrón, de noche, dice S. Pablo: *Dies Domini, sicut fur in nocte, ita veniet.* (Thess. v. 2). Vendré en el momento en que menos lo penseis, dijo Jesucristo: *Qua hora non putatis.* (Luc. XII. 40).

6.º Hemos de temer á Dios, sobre todo por las seducciones de la carne. Señor, dice el Salmista, penetra mi carne con vuestro temor: *Confite timore tuo carnes meas.* (CXVIII. 120). Las asechanzas de los sentidos son más terribles que todos los demás peligros.

7.º Hemos de temer al Señor por sus juicios. Vuestros juicios, dice David, llenan mi alma de terror: *A iudiciis tuis timui.* (CXVIII. 420). Señor, dice el mismo profeta, no entres en juicio con vuestro siervo; porque ningún viviente será justificado en presencia vuestra: *Non intres in iudicium cum seruo tuo, Domine, quia non iustificabitur in conspectu tuo omnis vivens.* (CXLI. 2).

8.º Finalmente, tenemos mil motivos para temer á Dios: 1.º La incertidumbre de la gracia...; la incertidumbre de merecerla...; 2.º nuestra ignorancia; no vemos el fondo de nuestro corazón...; 3.º los juicios impenetrables de Dios, pues un secreto orgullo, una negligencia, un pecado solamente venial pueden ser causa de que Dios nos retire poco á poco su gracia y permita que caigamos en los pecados mortales exponiéndonos á los peligros y á las tentaciones...; 4.º nuestra fragilidad...; 5.º nuestra inconstancia...; 6.º Tenemos enemigos muy fuertes, pésimos y muy astutos; estos enemigos son los demonios, el mundo y nuestra misma naturaleza...; 7.º Estamos inciertos de nuestra perseverancia...

¿Quién no ha de temblar y temer una caída? Si los árboles vigorosos llegan á ser conmovidos por los tempestades, y el rayo los parte, ¿cuál no debe ser el temor nuestro, no siendo nosotros más que débiles cañas? Sin embargo, no hemos de desanimarnos nunca, ni desespearar, ni llegar á los escrúpulos. El temor de Dios es el camino que conduce en derecha á la salvación: desespeararse conduciría al infierno, y los escrúpulos son el purgatorio de la tierra.

Excelencia y ventajas del temor de Dios.

Dicen las Actas de los Apóstoles que la Iglesia de Dios se agrandaba, marchando en el temor del Señor: *Ecclesia edificabatur, ambulans in timore Domini.* (IX. 31).

Dios glorifica á los que le temen, dice el Real Profeta: *Timebunt Dominum glorificat.* (XIV. 4). ¿Quién es el hombre que teme al Señor? El Señor le dirigirá por el camino que ha elegido: *Quis est homo qui timet Dominum? Legem statuit ei in via, quam elegit.* (XXIV. 12). Su alma gozará en paz de todos los bienes, y su posteridad tendrá la tierra por herencia: *Anima ejus in bonis demorabitur, et semen ejus hereditabit terram.* (XXIV. 13).

El Señor es el apoyo de los que le temen; les manifiesta su alianza (1).

Ved que el ojo del Señor está sobre los que le temen: librará su alma de la muerte, les alimentará durante el hambre (2). Temed al Señor, vosotros que sois sus santos; porque de nada carecen los que le reverencian (3). En el fondo de su corazón, el impío se ha animado á pecar, porque no está delante su vista el temor de Dios: *Dixit injustus ut delinquant in semetipso; non est timor Dei ante oculos ejus.* (Psal. XXXV. 4). El Profeta indica aquí las dos primeras raíces del pecado: la una en la voluntad, y la otra en la inteligencia.

Señor, añade el Salmista, habeis asegurado una herencia á los que temen vuestro nombre: *Dedisti hereditatem timentibus nomen tuum.* (LX. 5).

La salvación de Dios está cerca de los que le temen: *Prope timentes eum salutare ipsius.* (LXXXV. 10).

Dios prodiga su misericordia á los que le temen. *Corroboravit misericordiam suam super timentes.* (CII. 11). La misericordia de Dios descansa eternamente sobre los que le temen. Su justicia se extiende de generacion en generacion (4).

El temor de Dios es el principio de la sabiduría: *Initium sapientie timor Domini.* (Psal. CX. 40).

El Señor bendice á todos los que le temen: *Benedixit omnibus qui timent Dominum.* (Psal. CXIII. 13). Cumple la voluntad de los que le temen, oye sus oraciones, y asegura su salvación: *Voluntatem timentium se faciet et deprecationem eorum exaudiet, et salvos faciet eos.* (Psal. CXLIV. 19).

El Señor quiere á los que le temen: *Beneplacium est Domino super timentes eum.* (Psal. CLXVI. 11).

El temor, dice S. Basilio, es el introductor obligado de la piedad; pero pronto el amor le sucede, y conduce á la perfección á los hijos adoptivos del Señor. (*Homil. VIII. in Psal. XXXII.*)

Todos los bienes que puede desear el hombre, su deber, su dicha, su perfección y su fin, se encuentran en el temor de Dios. Temer á Dios y observar su ley, es todo el hombre: *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.* (Eccle. XII. 13).

Dice el Exodo que Dios hizo prosperar las casas de las parteras de Egipto, porque temieron al Señor: *Quia timerunt obstetrices Deum, edificavit eis domum.* (I. 21).

(1) Firmamentum est Dominus timentibus eum, et testamentum ipsius ut manifestetur illis. (*Psal. XXIV. 14.*)

(2) Ecce oculi Domini super metuentes eum; ut eruat a morte animas eorum, et aliat eos in fame. (*Psal. XXXII. 18-19.*)

(3) Timeat Dominum omnes sancti ejus, quoniam non est inopia timentibus eum. (*XXXIII. 10.*)

(4) Misericordia Domini ab eterno, et usque in eternum super timentes eum. (*Psal. CII. 17.*)

Si tenéis el temor del Señor, dice el primer libro de los reyes, os unireis al Señor vuestro Dios (1).

Temed al Señor vuestro Dios, y os librará de la mano de vuestros enemigos, dice la Escritura: *Dominum Deum vestrum timeo, et ipse eruet vos de manu omnium inimicorum vestrorum.* (IV. Reg. XVII. 39).

No te asustes, hijo mio, decía Tobías: es verdad que llevamos una vida pobre, pero seremos muy ricos, si tenemos á Dios: *Noli timere, fili mi; pauperem quidem vitam gerimus, sed multa bona habebimus, si timuerimus Deum.* (IV. 23).

El temor de Dios nos impide temer á nuestros enoigos, dice S. Ambrosio: *Divinus timor terrorem a nobis expellit hostilem.* (Lib. I. Offic., c. III).

Se dice de Judith que su celebridad se habia extendido por todas partes, porque temia mucho al Señor: *Erat hoc in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde.* (VIII. 8). Por esto decía: Los que os temen, Señor, serán grandes en todo á vuestros ojos: *Quia timeant te, magni erunt apud te per omnia.* (XVI. 19).

El temor del Señor, dicen los Proverbios, es el principio de la sabiduría; pero los insensatos desprecian la sabiduría y la ciencia (2).

Pueden expresarse todos nuestros deberes en dos palabras: Temed á Dios: *Deum time.* (Eccli. XII. 13).

El hombre empieza por temer el día del juicio, dice S. Agustín; este temor le lleva á corregirse de sus vicios, le hace vigilante con sus enemigos, le hace evitar el pecado, le vuelve á dar la vida interior, y le obliga á mortificar su carne (3).

El que anda por el camino recto, teme al Señor, dicen los Proverbios: *Ambulans recto itinere, et timens Deum.* (XIV. 2). Este temor saludable le inclina á no desviarse jamás del camino de la justicia, que es del agrado de Dios.

El temor del Señor es un principio de fuerza: *In timore Domini fiducia fortitudinis.* (Prov. XIV. 26). Dicen con S. Pablo los que temen al Señor: Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 31).

El temor de Dios, dicen los Proverbios, es el manantial de la vida, y preserva de los ataques de la muerte: *Timor Domini fons vite, ut declinent á ruina mortis.* (XIV. 27).

Pocos bienes con el temor de Dios valen más que un gran tesoro y la abundancia, dicen los Proverbios: *Melius est parum cum timore Domini, quam thesauri magni et insatiabiles.* (XV. 16).

¿De dónde viene esa gran fuerza del temor de Dios para destruir el mal? De que el temor de Dios extirpa de nuestro corazón las pasiones, añade san

(1) Si timueritis Dominum, eritis sequentes Dominum Deum vestrum. (XII. 14).

(2) Timor Domini principium sapientie; sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt. (I. 7).

(3) Capiti timore difem iudicii; timendo corrigi se: vigilat adversus hostes suos: peccata sua; incipit reviviscere interior et mortificare membra sua. (In Epist. S. Joann., tract. II).

Crisóstomo: *Timor Dei concupiscentias extirpat.* (Homil. in Epist. ad Hebr.) Es cierto que las pasiones son la raíz de todos los males.

Todo hombre que tiene el temor de Dios, se aparta del pecado, dice la Escritura: *Per timorem Domini declinat omnis á malo.* (Prov. XV. 27).

El temor del Señor lleva la vida: *Timor Domini ad vitam.* (Prov. XIX. 23).

El temor de Dios es el fin que se propone la humildad; es la riqueza, la gloria y la vida: *Finis modestie timor Domini, divitiis, et gloria, et vita.* (Prov. XXII. 4).

He aprendido con certidumbre, dice S. Bernardo, que nada es comparable á la humildad y al temor de Dios para merecer, conservar y recobrar la gracia (1).

Escribiendo á Oger, el mismo Santo se expresa así: El temor que trato de inspiraros no es el que conduce á la desesperación, sino el que da la esperanza de la felicidad.

Santo Tomás se expresa como el ilustre Hipona: Cuanto más se ama á Dios, dice, menos se teme el castigo: *Quanto aliquis magis diligit Deum, tanto minus timet penam.* (De Peccat.).

El temor de Dios destruye los vicios y las pasiones... Donde no existe el temor de Dios, dice el venerable Beda, allí reina el pecado; pero donde está el temor de Dios, se encuentra el reino de Dios y de la santidad: *Ubi non est timor Dei, ibi regnum est peccati; ubi vero est timor Dei, ibi est regnum Dei et sanctitatis.* (In Sentent.).

Conservad el temor del Señor, y envejeced con él, dice el Eclesiástico: *Serva timorem illius, et in illo veterasce.* (II. 6). Vosotros que teméis al Señor, esperad su misericordia. Vosotros, que teméis al Señor, creed en él, y vuestra recompensa no será perdida. (Ibid. II. 7-10).

Los que temen al Señor guardarán sus mandamientos, y conservarán la paciencia hasta el día del juicio. (Ibid. II. 21).

La primera de las gracias es el temor de Dios, dice S. Bernardo; el que lo recibe y cede á sus inspiraciones, detesta toda iniquidad; porque escrito está: *El temor del Señor aborrece el mal;* y tambien: *Temed al Señor, y alejados del mal.* Se dice de Job que era un hombre temeroso de Dios, que se apartaba del mal. Sin aquella gracia, que es el principio de la piedad, ningún bien se desarrolla ni se multiplica. Como la falsa seguridad es el manantial de todas las iniquidades, el temor del Señor es el principio, la base y la custodia de todos los bienes. (De Don. S. Spirit. c. I.).

El temor de Dios es toda la sabiduría, la contiene enteramente, dice el Eclesiástico: *Omnia sapientia timor Dei.* (XIX. 18). Nada es mejor que el temor de Dios: *Nihil melius est quam timor Dei.* (Eccli. XXIII. 37). Grande es el que ha encontrado la sabiduría y la ciencia; pero no está sobre el hombre que teme al Señor: *Quam magnus qui invenit sapientiam et scientiam! sed non est super timentem Dominum.* (Ibid. XXV. 13). El temor de Dios es supe-

(1) In veritate didici nil equi efficax esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si cum tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere. (Serm. LIV. in Cant.).

rior á cualquiera otro bien: *Timor Dei super omnia se superposuit.* (Ibid. XXV. 14).

El que teme al Señor, dice la Escritura, recibirá su enseñanza: *Qui timet Dominum, excipiet doctrinam ejus.* (Eccli. XXXII. 18). El mal no vendrá al encuentro del hombre que teme al Señor, sino que en la tentación Dios le conservará y le librará del mal: *Timentí Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illum conservabit et liberabit a malis.* (Ibid. XXXIII. 1).

El temor de Dios, dice la Escritura, es como un Paraíso de bendición lleno de una gloria superior á toda gloria. (Eccli. XI. 28).

El temor es el áncora del corazón, dice S. Gregorio: *Ancora cordis est pondus timoris.* (Lib. VI. Moral., c. XXVII).

El temor del Señor es el custodia de las virtudes, dice S. Jerónimo: *Timor virtutum custos est.* (Ad. Fabiol., de XLII. Mansion.)

El temor es el fundamento de la salvación, dice Tertuliano: El temor nos pone en guardia, y, teniéndonos en guardia, nos salvamos. *Timor fundamentum est salutis: timendo, cavebimus; cavendo, salvi erimus.* (Lib. de Cultu femina.)

Dicha que proporciona el temor de Dios.

El temor de Dios, dice S. Crisóstomo, nos hace firmes é inquebrantables; proporciona tal alegría, que nos hacemos insensibles á todos los males; porque, temiendo á Dios como merece, y confiando en él, se adquiere el principio mismo de la dicha y el manantial de toda alegría (1).

¡Qué grandes son, exclama el Real Profeta, qué grandes son, Señor, los bienes que habéis reservado á los que os temen! *Quam magna multitudo dulcedinis tue, Domine, quam abscondisti timentibus te!* (XXX. 20). O vosotros que temeis al Señor, alabadle por vuestra dicha: *Qui timetis Dominum, laudate eum.* (Psal. XX. 24).

Dichoso el hombre que teme al Señor; tendrá placer en observar sus mandamientos: *Beatus vir qui timet Dominum, in mandatis ejus volet nimis.* (Psal. CXI. 1). Su posteridad será poderosa en la tierra, y Dios la bendecirá: *Potens in terra erit semen ejus, generatio rectorum benedicetur.* (CXI. 2). Tendrá en su casa gloria y riquezas, y su justicia subsistirá en todos los siglos: *Gloria et divitiis in domo ejus; justitia ejus manet in seculum seculi.* (CXI. 3).

Dichosos los que temen al Señor y andan en sus vías: *Beati omnes qui timet Dominum, qui ambulat in viis ejus!* (Psal. CXXVII. 1).

San Hilario, segun cuenta S. Jerónimo, decía al morir: Sal, ¡qué temes, ó alma mía! Hace ya cerca de setenta años que sirves á Jesucristo con temor; alégrate.

Dichoso el hombre que teme siempre; dicen los Proverbios: *Beatus homo qui semper est parvulus.* (XXVIII. 14).

El que teme al Señor, dice el Espíritu Santo, hallará al bienestar en su último día: *Timentí Dominum bene erit in extremis.* (Eccli. I. 13).

(1) Dei timor stabilis est et immotus; atque tantam emittit lætitiã, ut nullus nos aliorum malorum sensus capiat. Deum enim, sicut oportet, timens, et in ipso confidens voluptatis radicem lucratus est, et omnem habet lætitiæ fontem. (Homil. XVII. ad pop.)

Dichoso el hombre á quien ha sido dado tener el temor de Dios. ¡A quién puede compararse el que lo posee? (Ibid. XXV. 15).

Estad siempre en el temor del Señor, dicen los Proverbios; la esperanza será vuestra herencia en la muerte, y vuestra dicha no se os arrebatará (1).

Los medios que hemos de emplear para adquirir el temor de Dios, son:

1.º Mantenernos en presencia de Dios.; 2.º llevar buena vida. Con una buena vida, dice S. Agustín, nos procuramos una buena conciencia y no tememos ningún castigo. El que no quiera temblar un día de espanto, aprenda á temer ahora; aprenda, durante algun tiempo, á estar lleno de solicitud el que quiere conservar la seguridad. A medida que nos acercamos á la patria, el temor disminuye. El del viajero debe ser grande; el del hombre que ve levantarse en el horizonte los muros de la ciudad santa, es menor; el elegido á quien se abre en sus puertas, no tiene ninguno (2). 3.º La sabiduría da nacimiento al temor, dice S. Ambrosio, la inteligencia ilumina, los consejos la dirigen, la virtud la fortalece, la ciencia la gobierna, y la piedad la embellece: *Timor infirmatur per sapientiam, instruitur per intellectum, consilio dirigitur, virtute firmatur, cognitione regitur, pietate decoratur.* (Lib. I. Offic.)

Medios de adquirir el temor de Dios.

(1) In timore Domini esto tota die; quia habebis spem in novissimo et præstolatio tua non auferetur. (XXXIII. 17-18).

(2) Per bonam vitam bona conscientia comparatur; et per bonam conscientiam nulla pena timetur. Quapropter discat timere, qui non vult timere. Discat ad tempus esse sollicitus, qui semper vult esse securus. Tanto minor fit timor; quanto patria quo tendimus propior. Major enim timor debet esse peregrinantium, minor propinquantium, nullus pervenientium. (Lib. XIV. de Civit. c. IX).